

LA CIUDAD

Así como la contaminación ha sido llamada el mal del siglo, podría decirse que la gran ciudad es el fenómeno social de nuestra época. Aquélla vendría a ser la consecuencia del crecimiento desmesurado de éstas.

Pero el deterioro del ambiente es también el tributo que se paga por el progreso, que en su más alto nivel es como las religiones primitivas que exigen sacrificios humanos. Es decir, los extremos se tocan. La vida no valía mucho cuando recién el hombre tomaba conciencia de que era distinto a las demás especies animadas. Ahora la ciencia y la tecnología avanzan dejando a su paso innumerables víctimas, en los peligrosos senderos de la civilización mecánica y de la existencia motorizada.

En la antigüedad, las ciudades se confundían con el Estado. Y de nuevo en este tiempo tratan de absorber toda la actividad política y administrativa de las naciones. La explosión demográfica ha contribuido a la formación de estos polos de atracción y de poder. El campo ha emigrado hacia las concentraciones urbanas en busca de las oportunidades que su atraso o su lento desarrollo le niegan, dando origen a otra expresión negativa: la marginalidad.

Ahora, sin embargo, los países de mayor adelanto están desandando el camino, creando sistemas de limpieza ambiental y de protección para que las megápolis de diez y quince millones de habitantes que se anuncian para el año dos mil no se conviertan en aglomeraciones monstruosas. En algunas partes ya se ha iniciado un éxodo diferente que se traduce en un regreso a los sectores rurales en el abandono de los rascacielos de cemento y de las ruidosas y congestionadas calles para ir en busca del agua y del aire puros, del contacto primario con la tierra.

Parece que el hombre retorna a las raíces para mejorar la

calidad de la vida, cambiar el concepto de desarrollo urbano ilimitado y conservar los testimonios milenarios de la historia y de la cultura amenazados por los desechos industriales. En este sentido adquiere importancia inusitada la ciudad pequeña, como una forma de reaccionar contra la atmósfera letal y la incomunicación deshumanizada de las grandes urbes para reconstituir la convivencia amable y solidaria.

Este lenguaje de reencuentro surgió en la reunión celebrada en Roma por alcaldes de treinta y ocho países. Es el mismo que se ha utilizado en Madrid, México, Sao Paulo, Tokio y Nueva York. En Chile el problema no adquiere todavía los amenazantes contornos descritos en las conferencias especializadas de la ONU y de la OEA. No obstante, incluimos en "Atenea" diversos estudios que reflejan estas inquietudes, para hacernos eco de tan dramáticas voces de alarma, en resguardo del futuro.

TITO CASTILLO